

EL ESTRO DE MANUEL DEL SOCORRO RODRIGUEZ

(Eco de la literatura colonial)

Escribe: MIGUEL ÁGUILERA

Creo que los actuales y futuros historiadores de la literatura colombiana van a tener que reevaluar la figura del santafereño adoptivo don Manuel del Socorro Rodríguez, a fin de rectificar los errores por déficit apreciativo, en que han incurrido casi todos los comentadores de la producción literaria de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Al bayamés insigne se le ha concedido el mérito admirable de haberse dedicado con fervor casi religioso al cultivo de las letras entre la juventud que encontró a su llegada de la patria cubana, invitado por el benemérito virrey don José de Ezpeleta, para que tomara a su cargo la dirección de la biblioteca pública de Santafé. Se le ha reconocido una virtud, pero no se le ha hecho justicia completa en lo que concierne a su capacidad, a su ideología y a su probidad. Los biógrafos de don Manuel del Socorro insisten en referir que en el ejercicio de la carpintería adquirió en La Habana los escasos medios para atender al sostenimiento de su madre y hermanas, y a la adquisición de libros clásicos para su instrucción. También narran la ruidosa escena universitaria ocurrida en 1787 en el aula máxima del Real Colegio de San Carlos de La Habana, cuando, seguro el joven autodidacto de su versación en humanidades se atrevió a pedir que lo examinasen públicamente en cuanto pareciera adecuado, y si los directores o maestros lo hallaban suficientemente instruido, lo certificaran con solemnidad. Era gobernador de la isla don José de Ezpeleta, quien como hombre de amplia cultura, se sintió atraído por el espectáculo que se produciría a instancias de un joven artesano. De esa gallarda prueba, o mejor, de la asistencia a ella, procedió la amistad del que poco tiempo después sería promovido al cargo de Virrey de la Nueva Granada, con el atrevido muchacho nacido en la ciudad de Bayamo.

Los historiadores del periodismo nacional han sabido exaltar el nombre de don Manuel del Socorro, como precursor magnífico del respetable menester de la prensa periódica, aunque no se manifiestan decididos en pro de su mentalidad, y menos aún de su dominio de las letras castellanas. Algunos, demasiado exigentes, le tachan de frío y pedestre, sin detenerse a considerar la época y el medio, más la natural timidez de un mozo que se trasplantaba a país donde la juventud comenzaba a sacudirse contra las demasías del poder español.

Sin embargo, la publicación que el Estado colombiano acaba de hacer de numerosos trabajos literarios en prosa y en verso del ilustre antillano, nos ha puesto en contacto con una realidad lisonjera. Se echa de ver que los que antes se ocuparon en el estudio del personaje no dispusieron sino de la colección del semanario intitulado *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*; y se advierte que su lectura fue precipitada y sin mayor análisis. Con tiempo disponible hoy para leer y releer desahogadamente lo que don Manuel del Socorro Rodríguez escribió, se adquiere una noción más equitativa y proporcionada sobre lo que ese respetable súbdito valía y representaba. Es claro que no aspiro a situarlo sobre el plano de los grandes estilistas, ni a ofrecerlo dentro de la categoría de los poetas del parnaso español. En mi opinión el bayamés era un escritor castizo, claro, sobrio, influido por los usos y licencias de su tiempo. Como poeta gozaba de acierto en la medida, en el acento y en la rima, aunque flaqueaba en el propósito lírico, o desmayaba cuando comenzaba a ganar altura la imagen, o a cobrar vuelo la idea concebida. Algunos biógrafos del personaje le tachan de culterano o gongorino, con sensible error de apreciación. Entre la abundante producción poética que compone el grande volumen a que me refiero, no aparece sino un soneto de intención satírica moldeado sobre los troqueles del detestable cultismo. Es el marcado con el número 105. Va precedido del título "Por fortuna hay todavía muchos vates tan cultos como éste", con lo que anuncia su arremetida contra los fastidiosos cultiparlantes de su época. Este es el soneto con que, según el santafereño adoptivo, saludaba el amanecer del día un poeta cursi:

*La umbrífica caterva inanizando,
el lúgubre graznido combatiendo,
y el opacismo todo destruyendo
viene ya aquel perspicuo dios ignando.*

*Mirífica grandeza respirando
y célicos aljófares vertiendo
en el mi cante plaustro sale haciendo
alarde de su ingente divo mando.*

*El escuadrón plumífero se inquieta
canoro inaugurando la alegría
que conduce en su faz el taumo atleta.*

*Oh! cómo Garcilaso se reiría
si oyera hablar en culto así un poeta,
para decir no más: ya viene el día.*

En esta sola muestra que supone conocimiento de la cargante escuela de don Luis de Góngora, se advierten dos características: posesión del léxico castellano, y precisión en el ajuste métrico.

Los chuscos de aquel comienzo del siglo, haciendo coro al temible andaluz epigramista don Francisco Javier Caro, y buscando pretexto en algunas producciones nada felices de don Manuel, se dieron a la poco cristiana tarea de mortificar a este bondadoso señor, cuya conducta austera

era par de su dedicación a los libros, y de su anhelo de cumplir una misión espiritual que se compendia en estos dos magistrales tercetos suyos:

*Discurrir de otro modo es gran locura,
y piénselo despacio el que quisiere
la base asegurar de su ventura.*

*Oh! desgraciado el hombre que prefiere
la mundana opinión que poco dura
a la santa virtud que nunca muere!*

El retraimiento en que vivía don Manuel del Socorro, el estricto régimen religioso observado por él, su aversión a la concupiscencia de los sentidos, su manía de impartir consejos a la juventud, le atrajeron el remoque de jubilado, que era tanto como decir loco o distraído. Con evangélica conformidad aceptaba la opinión de quienes lo zaherían, aunque usando con desenfado su gallardo desdén. De ello da testimonio el soneto número 80:

*No hay quien como yo pase la vida
ni quien me exceda en esto de la flema,
a cada loco dejo con su tema
y yo sigo la mía muy cumplida.*

*Mi modo de vestir y mi comida
son, según da gana, jerga o yema,
y al que quiere pegarme su apostema
prontamente le doy la sacudida.*

*De toda gente vivo retirado,
y aunque digan que soy un majadero,
¿a mí qué se me da? ningún cuidado;*

*en dejándome estar como yo quiero,
¿qué importa que me llamen jubilado?
Ah! bien, que de este mundo nada espero!*

Cuando el inmortal polígrafo don Marcelino Menéndez Pelayo preparaba los materiales para su famosa obra *Antología de poetas hispanoamericanos*, pidió a nuestro ilustre Miguel Antonio Caro, biznieto del burlón don Francisco Javier, que le remitiese cuanto estimara digno de ser incluido en la obra que el santanderino acometía con el incomparable fervor de su temperamento. Esto ocurría en el año de 1881. El señor Caro recordó, entre oscuro y claro, que con viejos papeles de familia andaban en su poder unas copias bellamente caligráficas por su ascendiente, de versos de la víctima; y empacándolas cuidadosamente, las remitió a don Marcelino con carta en que le decía que, sólo a título de curiosidad, le enviaba esos "arrastradísimos sonetos" de don Manuel del Socorro Rodríguez, mestizo cubano que trajo el virrey Ezpeleta y fue el primer bibliotecario y primer periodista que tuvo el Nuevo Reino, por lo cual alcanzó

cierta notoriedad en aquellas tiempos. Era muy piadoso y aplicado —prosigue la carta de don Miguel Antonio— pero de facultades mentales muy opacas, etc.”.

Se colige fácilmente que lo que copió el celebrado calígrafo don Francisco Javier fue lo que menos mérito ofrecía, acaso para tomarlo como tema de sus corrosivas décimas que tanta popularidad ganaron en la minúscula ciudad santafereña. Si don Miguel Antonio hubiera leído en los manuscritos depositados en la Biblioteca Nacional las poesías originales de Rodríguez, no habría trazado la injusta calificación de “arrastradísimos” que daba a los sonetos de don Manuel del Socorro. Que los había insignificantes, desmañados, insípidos y sin chispa, nadie lo negaría. Pero doce o quince, que cualquier clásico español habría firmado, serían testimonio fehaciente de la sensibilidad poética de su autor.

¿Ocurriría, por suerte, que entre los “arrastradísimos sonetos” de Rodríguez iba el número 255, dedicado “a cierto caballero que se mofaba de un loco”? Pues si así fue, la calificación no correspondía a la estructura ni coja, ni bizca, ni entrapajosa del soneto, sino a la dura sentencia que allí se contiene, contra quien alardeaba de cuerdo para herir al modestísimo y paupérrimo poeta. Oigamos el ritmo soberano de este soneto que con gusto hubiera suscrito cualquiera de los dos en los ásperos altercados líricos entre Lope de Vega y Góngora:

*¿Es posible que así te estés burlando
oh Leufrón, de ese pobre en su locura?
No hagas alarde, no, de tu cordura,
que en lo mismo contra ella estás obrando.*

*De más loco da pruebas quien pensando
vive de que su mente está segura
de esa miseria y triste desventura,
que aun al hombre más sabio está amagando.*

*Ah inhumano que así tienes en poco
al que merece compasión clemente!
Qué escaso juicio en tus acciones toco.*

*Guarda, pues, esta máxima excelente:
El que se jacta y cree que en nada es loco,
es más loco que todos, ciertamente.*

Cerca de mil composiciones, que don Manuel del Socorro llamó epigramas, forman la antología que servirá a la crítica imparcial, saludable e inteligente para elevar el prestigio del bayamés famoso, no menos de veinte codos sobre el ras del suelo que sus biógrafos le tenían reservado. La historia de las letras no puede ser menos estricta que la política, o la económica o la diplomática. Es posible que procure mayor margen para discutir, por mediar emociones antes que ideas y conceptos. Empero, por grande que sea la distancia que separe al biógrafo del biografiado, hay elementos que por lo objetivos se sustraen a la interpretación. Nada

más doloroso para el miembro de la cristiandad que la obra insidiosa de Ernesto Renán contra la divinidad de Jesucristo; sin embargo, a ningún cristiano sensato se le ha ocurrido descalificar el encanto literario de aquel libro funesto.

Obrando dentro de mi actividad investigativa en el campo de la historia nacional, volveré en ulterior oportunidad a tratar el tema de esta lectura, para demostrar que las facultades mentales del personaje contemplado no fueron tan opacas como el sapientísimo señor Caro le declaró a Menéndez Pelayo. Las recomendaciones que don Manuel del Socorro ofrece en el prólogo de su Antología, son ideas y opiniones que se conforman con las de los más autorizados clásicos de la preceptiva. La seguridad con que fija sus puntos de vista contrasta con la modestia que pone en el anticipado reconocimiento de sus errores y desaciertos. "No pretendo por esto disculpar mis faltas —dice—. Soy bastante ingenuo, y confieso que si las viese criticadas con imparcialidad filosófica, no sería desagradecido a la corrección. Voy con Tulio, con que todo hombre puede engañarse; pero sólo es propio del necio perseverar en su error. Siento con Terencio que aun los mayores sabios dan a conocer que son hombres en sus producciones. Y en orden a las mías estaré siempre persuadido de que si por fortuna hay algunas cosas buenas y otras pasaderas, serán en mayor número las malas e insufribles".

Del tono general de la producción versificada de don Manuel del Socorro se advierte que la humildad de éste no es sutileza de la soberbia de que hablaba el sabio jesuíta Eusebio Nieremberg, manto falaz con que se cubren los vanagloriosos. Humilde era él, de pies a cabeza, desde el alba hasta la noche, y de uno a otro extremo del camino abrojos que transitan los hombres honestos.